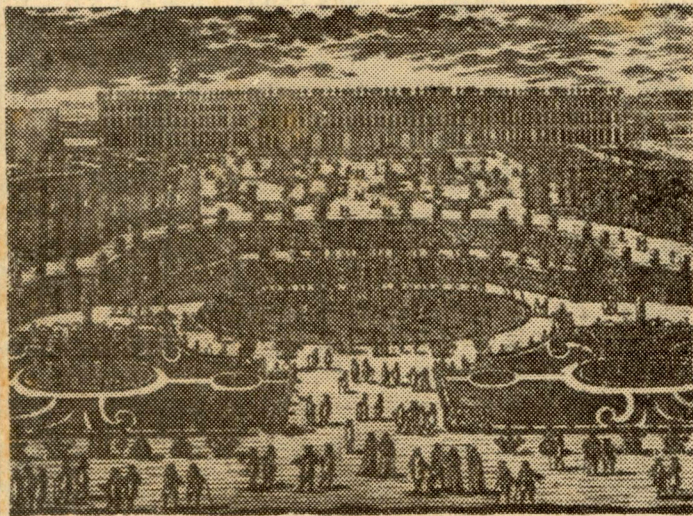


## Introducción al Arte

## El Rococó Francés

por Sebastián Salazar Bondy



ARTE FRANCÉS.— Versailles visto desde los jardines. Grabado de la época (Siglo XVIII).

La arquitectura barroca tuvo en Francia una expresión particular, a la que se conoce con el nombre de "rococó". Robert Le Cotte (1651-1735), que construye la capilla del palacio de Versalles, para Luis XIV, el Rey Sol, es quien mejor representa este estilo de formas complicadas, especialmente fitomorfas, en las cuales lo meramente decorativo prevalece hasta un grado verdaderamente empalagoso. Brillan los dorados, juegan los cintajos, se arremolinan hojas, frutos, flores. Ahí están Versalles, El Trianon, Fontainebleu, donde los Luises pasearon su gloria y donde el último de ellos fue vencido por los revolucionarios republicanos. El "rococó", en el siglo XVIII, no sólo fue gloria de Francia, sino que, por la influencia de esta nación, invadió Europa convirtiéndose en el lenguaje arquitectónico de la época. Los borbones españoles construyeron en este estilo el palacio de La Granja, cerca de Madrid, imitando asimismo su jardinería.

A la arquitectura "rococó" correspondieron una escultura y una pintura. También una cerámica —la de la porcelana— y una textilera —la de los gobelinos—, de las cuales no nos ocuparemos. En lo escultórico predomina el retrato, en el que se trataba de dar finura y elegancia aun a los modelos más groseros. En la pintura, ahogada también por los pruritos de la exquisitez, destacan tres hombres: en primer lugar está Antoine Watteau (1684-1717), que aunque trató temas intrascendentes, falsamente pastoriles, tuvo un pincel lleno de colorido y un sentido extraordinario de la composición. Como vivió en una época superficial, ganado por ella, su talento no alcanzó la expresión genial.

Jean Simon Chardin (1699-1779) prefirió dedicarse a las naturalezas muertas y a los bodegones, temas que llegó a dominar con una perfección técnica, que admira como muestra de habilidad, más que de inspiración. Su temperamento era frío y nada en su obra transmite emoción. Jean-Honoré Fregonnard (1732-1806), en cambio, se interesó por los temas eróticos que, sin embargo, nunca asumieron el realismo crudo. Son fantasías cuyo mayor mérito es la propiedad del dibujo, en el que era un maestro.

El momento político del siglo XVIII era de tempestuoso hervor político y social. La corrompida monarquía no lo advertía y los artistas, ligados a ella, cortesanos antes que hombres situados en la realidad neta, tampoco sintieron el advenimiento de la revuelta. Su obra por eso es muerta, contingente, falsa.